

# *Crisis y retorno de la metafísica*

EUDALDO FORMENT  
*Universidad de Barcelona*

## I. LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

EL PATRIMONIO DE LA RAZÓN HUMANA, cuyo cultivo se heredó del pensamiento clásico, que siempre se había considerado perennemente válido y fructificante, en estos momentos se ha relativizado. Está en crisis el carácter absoluto y eterno de la razón. Esta grave y profunda crisis afecta a toda la cultura occidental en cada uno de sus ámbitos. Es, por ello, una crisis patente.

Se advierte la clara conciencia de la crisis de nuestro mundo en el hecho de que el hombre de los siglos pasados se consideraba a sí mismo, como perteneciente a una cultura, que era heredera del «mundo civilizado» helénico y romano; en cambio, el actual hombre occidental relativiza a su propio mundo. Paradójicamente lo hace en unos momentos, en que toda la cultura occidental está presente en la vida del planeta en todos sus espacios. El mundo occidental se ha extendido por todos los países y culturas, en cuanto que la política, el derecho, la economía, la ciencia, la técnica, la industria, la filosofía, la música, e incluso el deporte, etc., son occidentales.

Con la imposición incondicional de la «mentalidad» relativista occidental a todo el mundo, y en unos momentos de crisis de la razón, se transmite la concepción de la primacía de la técnica y la economía. Gracias sobre todo al progreso de las ciencias y de la técnica, el hombre ha ampliado extraordinariamente su poder en todos los ordenes. Sin embargo, debido al método limitado de las ciencias empírico-experimentales, que no es apto para llegar a lo más profundo de las cosas, a su esencia y causas últimas, se ha quedado en lo superficial o en lo fenoménico, profesando el agnosticismo sobre todo lo que está más allá del hombre mismo. No cree que pueda alcanzar lo que está más adentro y más allá, objeto de la Metafísica.

El relativismo de la razón y el consecuente agnosticismo sobre su alcance han conducido a una crisis metafísica. No es extraño, por tanto, que los conceptos trascendentales, estudiados por la Metafísica se hayan «olvidado». No sólo se da «el olvido del ser», denunciado por Heidegger, sino también los trascendentales o de valores. Se ha producido así la sustitución de la verdad por la verificación, la bondad, por la utilidad, la belleza, por la sensualidad, y, podría añadirse, de la unidad, posibilitadora de toda multiplicidad, por la fragmentariedad, discontinuidad, localismo y disenso postmodernos.

Esta crisis se advirtió ya en la primera mitad del siglo XX. En 1923, escribía el filósofo existencialista ruso Nicolás Berdiaeff: «La historia contemporánea se acaba, y asistimos a los albores de una era desconocida, a la cual habrá que dar un nombre. Lo cierto es que hemos rebasado el marco de la historia»<sup>1</sup>. Después anunciar el final de la modernidad, explica sobre su origen: «La historia moderna que se acaba fue concebida en la época del Renacimiento. Asistimos ahora al fin del Renacimiento»<sup>2</sup>.

La crisis metafísica ha llevado a la crisis del humanismo renacentista. «El fin del Renacimiento es precisamente el fin de ese humanismo, que le servía de base espiritual. Porque el humanismo no era sólo un renacimiento de la antigüedad, una nueva moral y un movimiento de las ciencias y de las artes; era además un nuevo sentimiento de la vida y una nueva relación con el universo, aparecidos éstos en el albor de los tiempos modernos para regir su historia».

El sentido de la realidad, del mundo y del hombre, que constituía lo que podría denominarse la metafísica renacentista, se ha consumado. «Ahora ese nuevo sentimiento de la vida y esa nueva relación con el universo han llegado a su término, todas sus posibilidades están agotadas. Se ha caminado hasta el fin por las sendas del humanismo y por los cauces del Renacimiento, ya no se puede por ellos ir más lejos»<sup>3</sup>.

Afirma contundentemente Berdiaeff que: «La historia moderna es una empresa que ha fracasado, que no ha glorificado al hombre como hacía esperar. Las promesas del humanismo no han sido cumplidas»<sup>4</sup>.

Un rasgo de la crisis actual es que: «El movimiento humanista de la vida ha perdido su frescura; ha caído en el estado de decrepitud y no puede experimentarse tan patéticamente como en los días en que comenzaba la efervescencia del humanismo. Han estallado en el interior del humanismo con-

1 N. BERDIAEFF, *Una nueva edad media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa* (trad. esp. de J. Renom), Barcelona, Apolo, 1933, 3ª ed., El fin del Renacimiento, p. 9

2 Ibid., op. cit., p. 11.

3 Ibid., op. cit., p. 12.

4 Ibid., op. cit., p. 14.

tradiciones destructoras; un escepticismo mórbido ha minado su energía. La fe en el hombre y en las fuerzas autónomas que le sostenían está quebrantada hasta el fondo».

Por consiguiente: «El humanismo no ha fortalecido, sino que ha debilitado al hombre: tal es el desenvolvimiento paradójico de la historia moderna. A través de su autoafirmación, el hombre se ha perdido, en lugar de encontrarse»<sup>5</sup>.

El humanismo se ha hecho antihumano. «En el fondo, toda la historia moderna ha sido una dialéctica inmanente de autorrevelación, y después, de autonegación de los principios que habían motivado su nacimiento»<sup>6</sup>.

No es extraño, porque: «El Renacimiento oculta en sí la semilla de la muerte, y por eso en sus cimientos anidaba la contradicción destructora del humanismo, de ese humanismo que por un lado engrandecía al hombre, atribuyéndole fuerzas ilimitadas y por el otro no veía en él más que un ser limitado y subordinado que ignoraba la libertad espiritual»<sup>7</sup>.

Como consecuencia: «Hoy, el hombre entra en un porvenir desconocido, con la experiencia de la historia moderna y su preparación. Y entra en esta época, no ya lleno de savia creadora como en la época del Renacimiento, sino agotado, debilitado, sin fe, vacío»<sup>8</sup>.

## II. HUMANISMO Y RENACIMIENTO

Para comprender mejor la situación actual de crisis de la metafísica, es preciso, por tanto, reflexionar desde la perspectiva filosófica sobre el Renacimiento. En el siglo XVIII, en la Ilustración, una de los momentos de plenitud de la modernidad, era corriente, enfrentar antitéticamente la Edad Media y el Renacimiento como las épocas de las tinieblas y de la luz, de la fe y de la razón, de la superstición y de la ciencia, de la ignorancia y de la cultura, de la barbarie y de la civilización, de la insensibilidad estética y del cultivo de la belleza, del sentido antihumano de la existencia y del humanismo, de la tristeza y de la alegría, de la ascética y del vitalismo, de la tiranía y de la libertad, de la Inquisición y de la tolerancia, de la teocracia y de la democracia, y de la anulación del individuo y del individualismo.

Para los ilustrados, el Renacimiento representaba la ruptura y la rebelión frente a todo lo medieval. Revolución que se explicaría porque en la Edad Media la cultura se fundamentaba en los principios del cristianismo. El Re-

5 *Ibid.*, op. cit., p. 13.

6 *Ibid.*, op. cit., pp. 12-13.

7 *Ibid.*, op. cit., p. 24.

8 *Ibid.*, op. cit., p. 24.

nacimiento, en cambio, en la autonomía y en la libertad. El inicio de la conquista moderna de estos dos grandes valores se habría iniciado con el renacer de la cultura grecorromana, que se habría detenido en un letargo milenario, por causa del cristianismo. De hecho ya había sido el culpable de la caída del Imperio Romano.

En el siglo XIX Jakob Burckhardt, en su famosa obra *Die Kultur der Renaissance in Italien* (1860), sostuvo, siguiendo a Hegel, que el Renacimiento además de la recuperación de la cultura clásica, supuso el descubrimiento del mundo y del hombre. Su intento habría sido la renovación de la cultura europea, sobre todo en sus aspectos más terrenos y más humanos, por medio de la antigüedad clásica.

Gracias a esta vuelta al mundo cultural pagano, con la rebelión contra el catolicismo, el ideal sobrenatural cristiano quedó reemplazado por el ideal de lo natural. Surge así el humanismo, cuya trayectoria ha continuado hasta nuestros días. Hay que identificar Renacimiento y humanismo, en el sentido de actualización de la cultura clásica y de elevación de la dignidad de la naturaleza y del hombre.

En el siglo XX, Francis Hermans en el conocido libro *Historia doctrinal del humanismo cristiano*<sup>9</sup>, *no acepta esta identificación, porque afirma la existencia de un renacimiento o humanismo cristiano, que también asumiría la cultura clásica y exaltaría lo natural, pero todo ello sin negar lo sobrenatural. No obstante, admite que los autores de esta corriente cristiana también, como todos los demás los humanistas renacentistas, contrapusieron su intento de renovación de la cultura pagana, que idealizaban como el cenit de la perfección natural humana, con la cultura medieval.*

Con ello, no asume la interpretación de la Ilustración, el mito del anticristianismo de los renacentistas<sup>10</sup>. Oponer a este prejuicio ilustrado, que pervivió en los siglos posteriores, la existencia de renacentistas cristianos, que compartieron plenamente los ideales de toda la época. En su extensa obra expone exhaustivamente el pensamiento de varios autores renacentistas cristianos, como: Marsilio Ficino, Juan Pico de la Mirándola, Jacques Lefèvre d'Étaples, Erasmo de Rotterdam, Santo Tomás Moro y Luis Vives (1492-1540). También lo hace con el de sus «descendientes menores»<sup>11</sup>: Francisco Rabelais (1494-1553) y Miguel de Montaignes (1533-1592)<sup>12</sup>. Por último, a «tres ge-

9 FRANCIS HERMANS, *Historia doctrinal del humanismo cristiano*, Valencia, Ediciones Fondo de Cultura, 1962, 2 vols.

10 Los humanistas renacentistas no consideraron nunca culpable al cristianismo de la decadencia de Roma, sino a las invasiones bárbaras

11 Ibid., I, p. 15.

12 Entre estos humanistas cristianos se nota a faltar a Nicolás de Cusa (1401-1464).

nios católicos»<sup>13</sup>: San Francisco de Sales (1567-1622) el obispo Fénelon (1651-1715), y el cardenal Newman (1801-1890), en el siglo XVII. XVIII y XIX, respectivamente, que continuaron y desarrollaron esta línea renacentista.

El renacentismo o humanismo cristiano no fue «un Renacimiento puramente literario, ni de una vuelta imposible a la antigüedad, ni siquiera de un mero cultivo de las facultades artísticas de sensibilidad e imaginación. El humanismo cristiano afecta al hombre en su plenitud y a la naturaleza en que se agita la humanidad». Consideraron que la condenación de la naturaleza humana: «no entrañaba el verdadero cristianismo, sino una deplorable herejía sin viabilidad, capaz sólo de producir orgullosos ascetas solitarios en medio de un mundo abandonado a los errores y a las pasiones»<sup>14</sup>.

La interpretación de Hermans, sin embargo, no se ajusta a la realidad histórica. Sin pretenderlo, acepta gran parte de la interpretación ilustrada del Renacimiento. Es corriente, en toda polémica aceptar, sin percatarse muchas veces, como tesis propias las deformaciones, con que el antagonista presenta la posición del contrario, para establecer un choque antitético con las propias. En estos casos, no tiene sentido defender la imagen deformada de la propia posición con los que polemizan contra ella. Parece caer en esta equivocación al aceptar la tesis ilustrada de que el humanismo renacentista supone una ruptura con lo medieval, y consecuentemente que el humanismo aparece en el Renacimiento.

El humanismo cristiano se dio ya en la Edad Media. Ha demostrado la moderna historiografía, una vez que se ha librado de los prejuicios ilustrados, que no se dio una fractura histórica entre la antigüedad y el Renacimiento. La Edad Media no se puede considerar como una etapa tenebrosa interpuesta entre ambas. Entre el medioevo, de gran riqueza cultural y extraordinaria vitalidad y fecundidad, y el Renacimiento hay relaciones muy profundas.

Entre ambas épocas, hay una continuidad. En la mayoría, por no decir todos, los aspectos de la época renacentista tienen precedentes en la cultura medieval. En la Edad Media tuvieron lugar varios «renacimientos humanísticos», todos ellos mirando hacia atrás, hacía lo antiguo, tanto a sus obras literarias como a su ideal humanístico. La Edad Media no ignoró de ningún modo la antigüedad. Nunca dejaron de cultivarse los estudios de las lenguas clásicas.

Los medievales utilizaban incluso el término «humanismo». Con esta palabra designaban el cultivo de la lengua y la literatura grecorromana. El origen

13 FRANCIS HERMANS, *Historia doctrinal del humanismo cristiano*, op. cit., I, p. 19.

14 *Ibid.*, pp. 14-15.

de esta acepción más restringida de «humanismo» está en la expresión latina «*studia humanitatis*», que se empleaba para nombrar los estudios científicos, que se convirtieron en la Edad Media en las «artes liberales -constituidos por el «trivium» (gramática, retórica y dialéctica) y el «quadrivium» (aritmética, geometría, astronomía y música)-. El vocablo «humanismo» adquirió, por tanto, un sentido más limitado que los vocablos latinos, precisamente para abarcar sólo las disciplinas del «trivium».

Hasta podría decirse que, por ello, la Edad Media no es más que una serie continuada de renacimientos. No sólo por el llamado «renacimiento irlandés» y el posterior «renacimiento carolingio», sino también por los transmisores de la cultura antigua, Boecio y Casiodoro, y la labor de San Isidoro, en España, defendiendo frente a los visigodos arrianos, la cultura hispánica romanizada. Habría que añadir también la labor de los copistas benedictinos y las escuelas de traductores del siglo XII. Toda la Edad Media es un esfuerzo de recuperación de la antigüedad.

Confirma esta tesis un rasgo esencial de la Edad Media, notado por Lewis. En *La imagen del mundo*, después de afirmar «el carácter absolutamente libresco o erudito de la cultura medieval», escribe: «Cuando decimos que la Edad Media es la época de la autoridad, solemos referirnos a la autoridad de la Iglesia. Pero fue la época no sólo de la autoridad de esta última, sino también de las autoridades. Si consideramos su cultura como la respuesta al medio, los elementos de éste a que respondió con mayor intensidad fueron los manuscritos. Todo escritor a poco que pueda, se basa en un escritor antiguo, sigue a un *auctour*, preferentemente latino»<sup>15</sup>.

Sobre este criterio de autoridad de la literatura para todo hombre medieval, sustenta Lewis que: «Ésa es una de las características que diferencian aquel período histórico casi tanto del mundo primitivo como de la civilización moderna. Los miembros de una comunidad primitiva absorben su cultura, en parte inconscientemente, mediante la participación en el modelo inmemorial de comportamiento, y en parte mediante la tradición oral conservada, por los más viejos de la tribu. En nuestra sociedad la mayoría del conocimiento depende, en última instancia, de la observación. Pero la Edad Media dependía predominantemente de los libros. Aunque el número de las personas que sabían leer era muy inferior al de ahora, la lectura era en cierto modo un ingrediente más importante de la cultura en conjunto»<sup>16</sup>.

15 C.S. LEWIS, *La imagen del mundo*. Introducción a la literatura medieval y renacentista (Trad. C. Manzano), Barcelona, Ediciones Península, 1997, pp. 13-14.

16 Ibid., p. 14.

Lectura y certeza estaban asociadas. «Los medievales eran librescos. En verdad, creían en los libros a pies juntillas. Les costaba mucho creer que algo que un antiguo *auctour* hubiese dicho fuera pura y simplemente falso. Y heredaron una colección de libros muy heterogénea: judíos, paganos, platónicos, aristotélicos, estoicos, cristianos primitivos, patrísticos. O -según una clasificación diferente -crónicas, poemas épicos, sermones, visiones, tratados filosóficos, sátiras».

Como: «evidentemente, sus *auctors* se contradicen», y además: «se tiene también una gran renuencia a dejar de creer rotundamente cualquier cosa que figure en un libro, se dan una necesidad urgente y al mismo tiempo una magnífica oportunidad para clasificar y ordenar. Hay que armonizar todas las contradicciones aparentes. Hay que construir un modelo que lo abarque todo sin conflicto y la única forma de conseguirlo será la de volverlo intrincado, la de procurar una unidad mediante una gran multiplicidad, perfectamente ordenada». Crean así una síntesis que es «algo más clásico que gótico. Existe armonía entre sus partes constitutivas, por ricas que éstas sean. Vemos cómo se engarzan unas con otras: en concordancia; no en una igualdad horizontal, sino en una escala jerárquica»<sup>17</sup>.

Los mismos renacentistas reconocían esta gran labor medieval, ya que «descubrían» los códices en las bibliotecas de los monasterios y catedrales, y sabían que habían sido monjes medievales quien los habían copiado y conservado. Las ricas bibliotecas renacentistas se formaron de las viejas bibliotecas medievales.

Tampoco los renacentistas se opusieron a la cultura medieval, ni tampoco a la patrística, representada por San Agustín. Hasta encontraron autores afines, a quienes estudiaron y elogiaron. Los renacentistas, en general, se opusieron al último período de la cultura medieval, y a su aristotelismo, que ya no tenía el prestigio del siglo XIII, por las críticas nominalistas y de las corrientes místicas alemanas. De ahí que cultivaran el platonismo y continuaran, por tanto, el neoplatonismo de la Edad Media.

Como cristianos, los medievales trataron de incorporar la herencia greco romana en la nueva cultura católica. Igualmente valoraron al hombre y a la naturaleza. En sus distintas corrientes filosóficas de la Edad Media se estudia siempre al hombre. En ninguna de ellas se desvaloriza al hombre, sino que se le enaltece muchísimo más que en el paganismo. El cristianismo no sólo no supone en modo alguno la negación del hombre y de lo humano, sino que, por el contrario, la afirmación del hombre en lo natural e incluso en otro superior, el sobrenatural.

17 Ibid., 18.

El Renacimiento sería, en este aspecto, la culminación de un proceso de un milenio, ya que, en realidad, se había iniciado desde la caída del Imperio Romano. sostiene, por ello, Berdiaeff que: «La Edad Media había preservado las fuerzas creadoras del hombre y había preparado el florecer espléndido del Renacimiento. El hombre penetró en el Renacimiento con la experiencia y con la preparación medievales. Y todo lo que hubo de auténtica grandeza en el Renacimiento estaba vinculado con la Edad Media cristiana»<sup>18</sup>.

### III. SUPERFICIALIDAD Y DESDOBLAMIENTO

A pesar de esta continuidad con la Edad media como indica Berdiaeff: «Con el Renacimiento, las fuerzas humanas se desataron, y su juego impetuoso creó una nueva cultura, fundó una nueva historia (...) fue el experimento de la libertad humana. El hombre nuevo quiso ser autor y ordenador de la vida, sin la ayuda de lo alto, indiferente a las sanciones divinas. El hombre se arrancó del centro religioso al cual estuvo sometida toda su vida durante la Edad Media, quiso andar toda su vida por una vía libre e independiente»<sup>19</sup>.

Respecto a esta novedad, un poco antes había escrito un tomista español que el Renacimiento fue «Una era nueva, y siendo el capital intelectual substancialmente el mismo, hace su curso desviándose del camino llano y popular, y aparece una nueva forma más correcta, más señora, más exquisita, pero que elevando el pasto intelectual, lo hace menos asequible a la generalidad de los hombres»<sup>20</sup>.

No tuvo ni el origen ni el carácter popular, como la cultura medieval. «El Renacimiento fue una revolución aristocrática hecha en detrimento de los pueblos»<sup>21</sup>. Claramente se advierte en el arte. «La nueva moda buscaba una literatura oficial y cortesana, tenía un gusto aristocrático, despreciaba tanto a la filosofía como el arte literario, y el arquitectónico, y hasta el gobierno político, de la Edad Media»<sup>22</sup>.

En este sentido, afirmaba: «El Renacimiento ha hundido a la Edad Media (...) El Renacimiento fue, como toda revolución, una forma a priori, un rompi-

18 N. BERDIAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 25.

19 Ibid., op. cit., p. 13.

20 JOSEP TORRAS I BAGES, *La tradició catalana*, en *Obres completes*, vol. I-VIII: Barcelona, Ed. Ibèrica, 1913-1915; y vol. IXy X: Barcelona, Foment de Pietat Catalana, 1925 y 1927; vol. IV, p. 388.

21 Ibid., p. 399.

22 Ibid., pp. 306-307.

miento de la tradición, un acto de la soberbia humana, que trata con desprecio la sabiduría de los antepasados y sólo tiene fe en la propia, violenta y despótica»<sup>23</sup>.

Se advierte en los nuevos sistemas políticos y sociales. «El organismo social que espontáneamente por espacio de doce siglos en su seno había fraguado, los pueblos quedaron deslumbrados por el resplandor de los antiguos Estados que el Renacimiento les ponía delante de los ojos con sus pompas clásicas, se enamoraron de aquella forma más pulida, de un convencionalismo que no se fundaba en la natural libertad de los hombres, y las clases dirigentes, clérigos y laicos, empujaron la nave de la civilización por una vía que forzosamente le había de llevar al escollo gravísimo en que hoy se encuentra».

Por el desarrollo posterior de sus ideas, concluía afirmado que: «El Renacimiento mató el espíritu popular, informó la monarquía absoluta y llevó finalmente a la revolución. Renacimiento, monarquía absoluta, revolución, son tres grados, tres situaciones distintas, de un mismo espíritu, esto es, el exterminio de la libre vida popular y la edificación sin ningún fundamento en la naturaleza, de una vida pública convencional y despótica»<sup>24</sup>. De ahí que a pesar de su intento de conocer y apoyarse en el hombre y en la naturaleza exclusivamente: «El defecto radical de los modernos es el gran desconocimiento de la naturaleza humana»<sup>25</sup>.

A partir del Renacimiento se fue perdiendo el contacto con el «más allá y el más adentro»<sup>26</sup>, el objeto de la Metafísica. «Cuando el hombre rompió (...) con el centro espiritual de la vida, se desligó del fondo pasando a la superficie. Su alejamiento del centro espiritual le ha hecho cada vez más superficial. Al perder el centro espiritual del ser, ha perdido ipso facto su propio centro espiritual. Tal descentración de la esencia humana, era la ruina de su constitución orgánica. El hombre ha dejado de ser un organismo espiritual».

Buscó entonces otros centros en la misma superficie de la realidad, que le hicieron superficial. «Llegado el hombre europeo a la cumbre de la era humanista, se yergue en un estado de vacuidad terrible. Ya no sabe dónde está el centro de su vida. No siente profundidad bajo sus pies. Se entrega a una existencia más que vulgar; vive con dos dimensiones como si habitase exactamente en la superficie de la tierra, ignorando lo que está por enci-

23 Ibid., pp. 388-389.

24 IDEM, «Consideraciones sociològiques sobre el regionalisme», en *Opúscols Apològètics i filosòfics*, 2ª part, en *Obres Completes*, op. cit., vol. VI, pp. 279-335, pp. 334-393. Ibid., pp. 342-343

25 Ibid., p. 344.

26 C. S. LEWIS, *La última batalla* (Trad. M. Martínez-Lage), Madrid, Alfaguara, 1991, pp. 170 y ss.

ma y lo que está por debajo de él»<sup>27</sup>. Desconociendo totalmente la realidad metafísica.

La separación del fondo de la realidad fue gradual y progresiva. El hombre en el Renacimiento: «Estaba todavía próximo a las fuentes espirituales de su vida, no habiéndose alejado aún bastante de ellas en su movimiento hacia la superficie».

Por ello, sostiene Berdiaeff que: «El hombre del Renacimiento es un hombre desdoblado, perteneciente a dos mundos (...) en aquellos tiempos subsistían muchos elementos cristianos y muchos principios medievales (...) No el Renacimiento no era, no podía ser enteramente pagano. Las gentes del Renacimiento se nutrían de la atmósfera de la antigüedad, en ella buscaban la fuente de la libre creación del hombre, le pedían la forma perfecta de sus imágenes, pero en nada eran gentes de espíritu antiguo. Eran hombres en cuyas almas rugía la tempestad producida por el choque de las principios paganos y cristianos, antiguos y medievales»<sup>28</sup>.

No es raro que en lugar de mera cultura se dé esta dualidad de paganismo y cristianismo en el Renacimiento. Berdiaeff da dos razones. Una es que: «En la historia es posible un renacimiento, dando a esta palabra el sentido de una retrospectiva de los modos antiguos de creación, pero ningún renacimiento puede ser un retroceso, es decir, la restauración de una época ya vivida. Los principios creadores de las épocas pasadas hacia los cuales miran los renacimientos, actúan en un nuevo ambiente muy complejo, entran en una relación también muy compleja con nuevos principios, y crean tipos de cultura completamente diferentes de los tipos antiguos»<sup>29</sup>.

Otro motivo y más decisivo que la anterior: «El Renacimiento existía ya en las profundidades de la Edad Media, y sus primeros móviles fueron puramente cristianos. En el alma medieval, en el alma cristiana, se despertó la voluntad de creación. Este despertar toma cuerpo en los siglos doce y trece. Se manifiesta por un florecimiento perfumado de santidad, que es la más alta elevación que pueda alcanzar el espíritu creador del hombre. Coincide con el auge de la mística y de la filosofía escolástica. El Renacimiento medieval inspira el arte gótico y la pintura de los Primitivos. El Renacimiento de los Primitivos italianos es un renacimiento cristiano. Santo Domingo y San Francisco, Joaquín de Flora y Santo Tomás, Dante y el Giotto: he aquí el verdadero Renacimiento del espíritu humano, de la creación humana, y que no está desligado de la antigüedad»<sup>30</sup>.

27 N. BERDIAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 16.

28 Ibid., op. cit., p. 17.

29 Ibid., op. cit., p. 18.

30 Ibid., op. cit., pp. 19-20.

Recuerda además que: «En la época del Renacimiento medieval y cristiano había ya, en el modo de crear, una relación con la naturaleza, con el pensamiento del hombre, con el arte, con la vida toda». Sin embargo, a diferencia de lo que fue después: «La ascensión de las fuerzas creadoras del hombre era como la réplica de una revelación humana a la revelación divina. Tal era el humanismo cristiano concebido según el espíritu de San Francisco y de Dante»<sup>31</sup>. No se había dado todavía el estado de desdoblamiento o separación

#### IV. EL DRAMA DEL HUMANISMO MODERNO

El desdoblamiento renacentista, con la cara cristiana y la pagana, «demuestra la imposibilidad de un Renacimiento puramente pagano en un mundo cristiano». En el ámbito artístico, parece que no fue así, ya que se logró la recuperación de las formas artísticas de la antigüedad. Sin embargo, «esta perfección en las formas y este acierto, no serán más que apariencias de clasicismo (...). no se debió al azar el que el arte del siglo dieciséis fuera rápidamente conducido a un academicismo sin vida, y que haya degenerado. Desde el punto de vista espiritual, con el siglo dieciséis italiano, el desdoblamiento ha llegado a ser una decadencia, una disgregación del alma cristiana».

No se supera el desdoblamiento, porque: «Los humanistas de la época del Renacimiento no han roto absolutamente con el cristianismo, no se han alzado contra la Iglesia». Sin embargo, la misma falta de unidad, les lleva a un enfriamiento del fervor espiritual medieval. «Su estado religioso fue de frialdad e indiferencia. Esperaban descubrir el hombre inclinándose deliberadamente hacia este mundo, y apartándose del otro. Y eso fue lo que les hizo perder la profundidad»<sup>32</sup>. Y, con ello, paulatinamente la metafísica.

Repercutió inmediatamente en el humanismo, porque: «El hombre por ellos descubierto, el hombre de la historia nueva, no será profundo, se verá obligado a errar por la superficie de la vida. En la superficie, libre de toda raigambre con la profundidad, el hombre se ingeniará para probar sus fuerzas creadoras. Producirá mucho, pero acabará por agotarse y por perder esa fe que había puesto en sí mismo»<sup>33</sup>.

El Renacimiento no logró triunfar. «Las consecuencias (...) de la ruptura con las profundidades espirituales y con el sentido espiritual de la Edad Media, de su iniciativa creadora, serían el siglo diecinueve con sus máquinas, su mate-

31 Ibid., op. cit., p. 20.

32 Ibid., op. cit., p. 21.

33 Ibid., op. cit., pp. 21-22.

rialismo y su positivismo, su socialismo y su anarquismo, el agotamiento de la energía espiritual a que ha dado lugar»<sup>34</sup>.

Debe reconocerse que el Renacimiento: «Libertó las fuerzas creadoras del hombre y ha expresado la más elevada potencia de su arte. En esto acertó. Pero también él ha sido el que ha disociado al hombre de las fuentes espirituales de la vida; Él ha negado al hombre espiritual, que no puede dejar de ser creador, para afirmar exclusivamente en su lugar al hombre natural, esclavo de la necesidad»<sup>35</sup>.

Por sus aciertos, afirma Berdiaeff que: «El Renacimiento fue una empresa grandiosa que consistió en buscar las fuerzas del hombre en su libre juego. El hombre se imaginó que toda la vida podía estar sometida a su arte. El hombre volvió sus ojos hacia esa naturaleza que en la Edad Media sentía dominada por el mal. Dentro de la naturaleza buscó las fuentes de al vida y de la creación (...) Insensiblemente en cuanto a sí mismo, el hombre penetró en el torbellino de la vida natural, pero no se unió a la naturaleza en la parte íntima de ésta. Se sometió espiritualmente a su materialidad pero quedando separado de su alma»<sup>36</sup>.

A pesar de sus aportaciones a la cultura humana, el Renacimiento y la modernidad que inició han fracasado. «Para engrandecer al hombre, el humanismo le privó de la semejanza divina y le sometió a la necesidad natural. El renacimiento, basado sobre el humanismo, descubrió las fuerzas creadoras del hombre, no como ser espiritual sino natural. Pero el hombre natural, arrancado del hombre espiritual, no posee fuentes inagotables para su creación. Está destinado a agotarse, sube a la superficie de la vida»<sup>37</sup>.

Situado en la superficie, en la mera naturaleza: «el humanismo pudo liberar las energías humanas». No obstante: «no puede decirse que espiritualmente haya elevado al hombre: lo ha vaciado»<sup>38</sup>. No ha hecho al hombre más sabio, en el sentido metafísico del conocimiento de lo que está más adentro y más allá; ni más bueno, en cuanto que haya logrado un mayor éxito en la lucha contra el mal; ni más sensible a la belleza; ni tampoco que haya alcanzado una mayor unidad en su vida; ni, en definitiva, la paz interna y externa.

No sólo no se ha conseguido la elevación del hombre, sino que, por el contrario lo ha rebajado. «El triunfo del hombre natural sobre el hombre espiritual en la historia moderna, debía conducirnos a la esterilidad creadora, es decir, al fin del Renacimiento, a la autodestrucción del humanismo»<sup>39</sup>. La

34 Ibid., op. cit., pp. 22-23.

35 Ibid., op. cit., pp. 22-23.

36 Ibid., op. cit., pp. 23-24.

37 Ibid., op. cit., p. 24.

38 Ibid., op. cit., p. 22.

39 Ibid., op. cit., p. 23.

postmodernidad, en nuestros días lo ha reconocido y hasta ha proclamado la «muerte del hombre».

La postmodernidad y su proclamación la «muerte» de la modernidad revalidan estas palabras de Berdiaeff, cuyo sentido, como casi todas las dedicadas al Renacimiento, se comprende mejor en nuestros día, que cuando fueron escritas: «Los últimos frutos de la historia moderna lo demostraron al conducirnos al fin del Renacimiento, a la autonegación del humanismo, al vacío de una existencia superficial y descentrada, al agotamiento de la potencia creadora»<sup>40</sup>.

El drama de la modernidad esta en que: «El centro espiritual de la persona humana se ha perdido. El haberse revuelto el humanismo contra el hombre, constituye la tragedia de los tiempos modernos. Es la causa de la derrota fatal del Renacimiento, de su ruina inevitable»<sup>41</sup>.

Concretando más el origen de esta tragedia, que Berdiaeff coloca en los inicios del Renacimiento, y siguiendo su observación, que «los hechos se desarrollan en la realidad de los espíritus antes de manifestarse en la realidad exterior de la historia»<sup>42</sup>, podría sostenerse que está en la entrada del averroísmo en el mundo latino medieval, a finales del primer tercio del siglo XIII. El nuevo sistema, que había sido recibido con gran entusiasmo en la Facultad de Artes de la Universidad de París, recién fundada, recogía el *corpus aristotelicum*, junto con gran cantidad de conocimientos científicos, que le daban gran prestigio, expuestos ambos en una sistemática neoplatónica.

El averroísmo era un sistema filosófico completo y elaborado independientemente del cristianismo. Hasta entonces sólo se habían conocido filosofías fragmentarias. En esta nueva visión del mundo, racional y no cristiana, venía confundida la obra aristotélica con la filosofía de sus comentaristas, que la convertían en un sistema acabado y cerrado a la fe. Era una comprensión científica estrictamente inmanente, incompatible con el creacionismo, con la libertad y la providencia de Dios, e incluso con la inmortalidad personal del hombre.

Con Averroes se pasaba del teocentrismo del pensamiento cristiano a un cosmocentrismo opuesto a la fe cristiana, como lo era también a la del Islam y a la del judaísmo. Los sistemas de los comentaristas musulmanes y judíos no se habían elaborado desde la religión islámica o judaica. Los filósofos semíticos no fueron los creadores de una especie de escolástica musulmana o judía parecida a la escolástica cristiana, que sería, por tanto, su precursora. La actitud de la filosofía árabe era totalmente opuesta de la postura escolástica. La filosofía cristiana procedía de la ciencia sagrada y sólo una mínima parte de sus elemen-

40 Ibid., op. cit., p. 24.

41 Ibid., op. cit., p. 87.

42 Ibid., op. cit., p. 9.

tos provenía de la filosofía o dialéctica de las Artes liberales, profesada en las escuelas medievales y en el siglo XIII en las Facultades de Artes. Los teólogos medievales especulaban sistemáticamente sobre los misterios revelados, pero no para explicarlos, sino para entenderlos, hasta donde el entendimiento humano, que consideraban limitado, pudiese llegar.

Según la formulación de San Agustín, se pretendía la inteligencia de la fe. Para entenderla los medievales elaboraron una filosofía, pero a partir de la fe y orientada hacia ella. La primacía de la fe quedaba asegurada en toda reflexión filosófica, porque la misma la fe la había generado, para que volviera sobre ella y ayudará a la comprensión de aquello que proporciona al entendimiento humano, aunque sin negar el carácter misterioso de sus contenidos ni la limitación de la razón.

Si en el mundo cristiano la filosofía estaba subordinada completamente a la fe en el de los musulmanes y judíos era totalmente contraria a la propia de la escolástica, porque no ponían la filosofía al servicio del Corán o de la Biblia. No subordinaban la filosofía a la religión. Su posición inversa a la filosofía cristiana consistía en absorber, desde su monismo y racionalismo, a la misma religión.

En el siglo XIII, con la llegada de este aristotelismo a la Universidad de París, la relación de dependencia mutua entre la filosofía y la teología, con su inseparabilidad e irreductibilidad, características expresadas con el título dado a la filosofía de «*ancilla theologiae*», la situación cambiaba radicalmente. La Facultad de Artes se encontró entonces en posesión de una filosofía independiente, en cuanto a su origen y también en cuanto a su fin, de toda teología y que sin embargo proporcionaba una explicación racional del mundo y del sentido de la vida del hombre. Desde ella sus profesores empezaron a tomar una actitud de afirmación de la autosuficiencia de la filosofía y, por lo mismo, de emancipación de la ciencia sagrada y, por ello, de toda la tradición teológica.

Se desencadenó así un dramático proceso cultural, que supuso una nueva forma de realizar las tareas filosóficas y teológicas. Con lo que se ha llamado el averroísmo latino no sólo se empezó la separación de la filosofía y la teología, y, con ella, la evolución de la misma Facultad de Artes, que culminó en su transformación posterior en Facultad de Filosofía, sino también un enfrentamiento, que fue progresando en los siglos siguientes hasta nuestros días.

Al igual que los profesores de la Facultad de Teología, Santo Tomás de Aquino combatió al averroísmo, pero no simplemente por sus errores contra la fe. A diferencia de estos teólogos «agustinianos», en su polémica antiaverroista, quiso también, mostrar que el averroísmo iba contra el auténtico aristotelismo. Además, quería defender la ortodoxia de su empresa de integración del aristotelismo en la síntesis teológico filosófica cristiana. Estos dos últimos objetivos tuvo que realizarlos con grandes esfuerzos, porque la escolástica tradi-

cional en su impugnación al averroísmo se opuso también al aristotelismo. Por este motivo, consiguió que se llegaran a condenar como heterodoxas tesis sustentadas por el mismo Santo Tomás. Quizá si se hubiera comprendido el intento del Aquinate, de integrar el aristotelismo en la síntesis cristiana agustiniana, el averroísmo latino se hubiera podido evitar la permanencia y el desarrollo del averroísmo y no hubiera difundido su ideal de autonomía filosófica, que suponía la separación de su profundo centro espiritual.

## V. LA NEGACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD

En la Edad Media la fecundidad creadora del espíritu humano llegó a cotas cimeras. Como explica Berdiaff: «La actividad creadora del hombre estaba ya en su plenitud en el catolicismo. Y toda la gran civilización europea, ante todo latina, era en sus fundamentos una cultura cristiana y católica. Había arraigado en el culto cristiano».

Además: «El mismo catolicismo estaba ya saturado de la antigüedad (...) En la Edad Media la cultura antigua se incorporó al catolicismo, y este fue el vehículo que la condujo hasta los tiempos modernos. Por esta causa fue posible un Renacimiento histórico»<sup>43</sup>.

Por este motivo, como ya se indicó: «El Renacimiento no iba (...) dirigido contra el catolicismo (...) El humanismo, en sus comienzos, no se distanciaba aún mucho del cristianismo, bebiendo en dos manantiales: la antigüedad y el cristianismo. Y no era creador y esplendente en sus resultados sino en la medida de su proximidad con el cristianismo. Cuando se hubo arrancado el fondo espiritual y pasó a la superficie, empezó a degenerar»<sup>44</sup>.

En consecuencia: «No fue contra Dios. No fue ese el humanismo de Pic la Mirandola, de Erasmo y de otros varios pensadores del Renacimiento. Pero en el humanismo se escondía una semilla de negación, y de ella ha salido ese humanismo de los tiempos modernos del cual han visto nuestros días los últimos frutos, que son propiamente la negación del hombre»<sup>45</sup>.

Para prevenir prejuicios, advierte Berdiaeff que: «El catolicismo no solamente conducía el hombre al cielo, sino que también suscitaba la belleza y la gloria sobre la tierra. Ahí está su gran secreto. La tendencia hacia el cielo y la vida eterna, engendra la belleza y produce el poder en la vida terrestre temporal»<sup>46</sup>.

43 Ibid., op. cit., p. 26

44 Ibid., op. cit., pp. 25-28.

45 Ibid., op. cit., p. 28.

46 Ibid., op. cit., p. 27.

Con ello se confirma la tesis de Santo Tomás de que: «La gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona»<sup>47</sup>. Lo sobrenatural no destruye lo natural, sino que lo lleva a su culminación. Además todo lo natural, ya perfeccionado, es ordenado al fin sobrenatural. El catolicismo es unitivo y armonizador.

Rotundamente asegura, por ello, Berdiaeff que: «Únicamente ese humanismo, que estaba arraigado en el cristianismo y que constituye como una más completa manifestación de la revelación cristiana, es el que afirma el hombre y crea belleza. Pero está vinculado con la antigüedad»<sup>48</sup>.

El cristiano medieval, no obstante, por reconocer la importancia de la virtud de la templanza o de la moderación en los deseos y tendencias hacia lo naturales regulada por lo justo y razonable, que inclina al ascetismo, al esfuerzo del propio dominio para acceder y cooperar con lo sobrenatural. «el ascetismo del mundo católico medieval, era una excelente preparación para obrar. El concentró y preservó las potencias creadoras del hombre. El ascetismo del Medioevo era una extraordinaria escuela para el hombre daba a su espíritu un temple sublime».

Gracias a esta ascética o ejercitación fue posible todo el esfuerzo del Renacimiento. «El hombre europeo de la historia moderna, ha vivido de lo que espiritualmente había adquirido en esa escuela. Todo lo debe al cristianismo. ninguna otra escuela de espiritualidad pudo jamás sojuzgarle y disciplinarle»<sup>49</sup>.

La necesidad de la ascética para no quedarse en una vida superficial ya está simbolizada por Platón en el mito de la caverna. En la concepción platónica se sigue la «ley», que Berdiaeff enuncia de este modo: «El hombre, en su existencia terrenal limitada y relativa, no es capaz para crear lo bello y lo precioso sino cuando cree en otra existencia ilimitada, absoluta e inmortal»<sup>50</sup>. También su corolario, igualmente formulado por el filósofo ruso: «Sin las corrientes de ascetismo religioso que distinguen, que someten lo inferior a lo superior, la subsistencia de la personalidad es imposible»<sup>51</sup>.

El hombre europeo ha vivido de estas fuerzas heredadas del mundo medieval. Incluso en la crisis metafísica actual fruto de su agotamiento: «Si continúa espiritualmente viviendo, se debe sólo a los cimientos cristianos de su alma. El cristianismo ha seguido viviendo en él bajo una forma secularizada, preservándole así de la descomposición»<sup>52</sup>.

47 SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 1, a. 8, ad 2.

48 N. BERDIAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 28.

49 Ibid., op. cit., p. 27

50 Ibid., op. cit., p. 34.

51 Ibid., op. cit., p. 35.

52 Ibid., op. cit., p. 27.

El ser humano no puede vivir instalado definitivamente en la superficie, en la vida natural. «La relación exclusiva del hombre con esa existencia mortal y limitada, acaba por roer su energía creadora, le conduce a la satisfacción de sí mismo, le hace vano y superficial. Sólo el hombre espiritual puede ser un verdadero creador sumergiéndose sus raíces en la vida infinita y eterna»<sup>53</sup>.

Olvidando la corroboración de esta ley por la experiencia medieval e incluso por la antigüedad: «El humanismo ha renegado al hombre espiritual, ha entregado lo eterno a lo temporal, ha afirmado el hombre de la naturaleza sobre la superficie limitada de la tierra. Y ese ser que ha querido confiarse enteramente a sí mismo, se encuentra sin defensa en medio de elementos desencadenados y de espíritus de la naturaleza que le asedian. La imagen del hombre no puede ser guardada por las potencias del hombre natural»<sup>54</sup>.

La razón es porque: «las potencias naturales tienen límites, la confianza en sí mismo del hombre natural, le arrastra a la caída irremediable, porque ha renegado las fuentes de la vida. El hombre natural, arrancado del hombre espiritual, se crea una vida de fantasmas, está seducido por bienes ilusorios»<sup>55</sup>.

Por la avenencia del cristianismo con los valores del mundo clásico: «El humanismo que rompe con el cristianismo, rompe además con la antigüedad, destruyendo al hombre dos veces, corroyendo sus bases antiguas y cristianas. Esto se hace patente en los últimos frutos del humanismo»<sup>56</sup>.

Queda arruinado el humanismo clásico, porque en lugar de restaurarlo e integrarlo, se opone antitéticamente al humanismo cristiano. «La imagen del hombre, la imagen de su alma y de su cuerpo, es la obra de la antigüedad y del cristianismo. El humanismo de los tiempos modernos, al romper con el cristianismo, se aparta de la noción antigua de la imagen humana, alterándola».

Este cambio consiste en mutilar una nota de la esencia de la cultura clásica: su posibilidad de encuentro con el cristianismo. Era accesible a la nueva religión, por no ser una cultura cerrada. Intentaba su autosuperación, salir de misma, autocriticándose al buscar la trascendencia. Por esta apertura, profundamente enraizada, el mundo clásico pudo acoger al cristianismo y recibir su curación y perfeccionamiento en el orden natural y sobrenatural. Se concibió el paganismo no sólo como cerrado en sí mismo, fijado definitivamente, y sin pretender la superación de sus límites, sino también como enfrentado al cristianismo y, con ello, a toda trascendencia. Por ello, sostiene Berdiaeff que: «La

53 *Ibid.*, op. cit., pp. 34-35.

54 *Ibid.*, op. cit., p. 35.

55 *Ibid.*, op. cit., p. 34.

56 *Ibid.*, op. cit., p. 28.

afirmación del paganismo contra el cristianismo, conduce a la negación y a la destrucción de la antigüedad»<sup>57</sup>.

De ahí que: «Todos esos renacimientos parciales que nuestra historia ha conocido, han sido un retorno al cristianismo y a la antigüedad. El nuevo hombre europeo o se nutre de los principios antiguos y medievales, o de lo contrario se agota, se vacía y cae»<sup>58</sup>.

Se puede así precisar que: «El agotamiento del Renacimiento en la historia contemporánea, la debilitación de su energía, son la consecuencia de su alejamiento del cristianismo y de la antigüedad»<sup>59</sup>.

Igualmente, y como resultado: «La historia moderna ha sido edificada sobre la ilusión de que la personalidad podía desarrollarse sin el auxilio de las grandes corrientes de ascetismo religioso»<sup>60</sup>. Todo ello ha conducido a algo tan alejado de los propósitos y los frutos de la antigüedad y el cristianismo: «a la negación y a la destrucción del hombre»<sup>61</sup>.

## VI. LA PÉRDIDA DE LA NATURALEZA

Con la crisis de la metafísica, al final del Renacimiento se ha perdido al hombre, pero también la naturaleza. «El fin histórico del Renacimiento trae consigo la disgregación de todo cuanto era orgánico. El Renacimiento había conservado todavía su estructura orgánica de la vida. La vida tenía en él aún sus jerarquías como las tiene toda vida orgánica». A partir del siglo diecisiete se inicia la ruptura con la organización en que consiste la naturaleza y es reemplazada por una visión mecánica de la realidad. Después alcanza también al hombre, y: «Cuando las potencias humanas salen de su estado orgánico, quedan inevitablemente sujetas al estado mecánico»<sup>62</sup>.

Como en las otras características de la modernidad la mecanización, que ha substituido lo que Berdiaeff llama la «estructura orgánica» de la naturaleza, estaba ya en germen en sus inicios. No debe olvidarse lo siguiente: «Lo que aparece con el Renacimiento no es ya únicamente un descubrimiento artístico de la naturaleza, sino también un descubrimiento científico. En eso está el gran significado de esa época. De ahí es de donde ha salido el triunfo histórico de la ciencia natural, que ha preparado los formidables descubrimientos técnicos del

57 Ibid., op. cit., p. 29.

58 Ibid., op. cit., pp. 28-29.

59 Ibid., op. cit., p. 28

60 Ibid., op. cit., p. 35.

61 Ibid., op. cit., p. 29.

62 Ibid., op. cit., p. 43

siglo diecinueve, y ha conducido al predominio de la máquina sobre la vida humana»<sup>63</sup>.

En la modernidad, las: «relaciones con la naturaleza, que eran relaciones de gozo, se han convertido en la consciencia de una inevitable lucha contra ella, mediante la mecanización de la vida. Nuestra época no imita ya las formas de la naturaleza, no busca ya en ellas las fuentes de la perfección como lo hacía el Renacimiento; declara la guerra a la naturaleza porque se le ha hecho interiormente extraña, y la toma por un mecanismo muerto; entre la naturaleza y el hombre levanta nuestra época la máquina»<sup>64</sup>.

Al final del Renacimiento con: «El alejamiento definitivo de la Edad Media debía conducir al reinado de las máquinas, substituyendo la estructura orgánica por la mecanización. La estructura orgánica de la vida es jerárquica, es decir cósmica. En el organismo cósmico, las partes están sometidas al todo, están vinculadas con el centro. En el orden orgánico, el centro está considerado como la finalidad de la vida de las partes. Todo organismo es una jerarquía. Cuando las partes se desprenden del todo cesando de servir al centro orgánico, insensiblemente se someten a una naturaleza inferior»<sup>65</sup>.

En la consumación de la modernidad se encuentra siempre en todos los espacios la el aniquilamiento, la muerte. «El fin del Renacimiento mata a la naturaleza como mata al hombre»<sup>66</sup>. Se empezó por afirmar la naturaleza y el hombre y se terminó con su negación

En esta situación antinatural: «El hombre en estado de separación, vaciado de su alma, se convierte en esclavo, no de las fuerzas superiores, superhumanas, sino de los elementos inferiores e inhumanos. Se entenebrece el espíritu humano del cual se apoderan espíritus inhumanos»<sup>67</sup>. De manera que: «Hoy no es el hombre quien está libertado, sino los elementos inhumanos que él desencadenó y cuyas oleadas le azotan por todas partes»<sup>68</sup>.

Estas fuerzas inhumanas: «Han creado mitos y fantasmas, han dirigido la vida del hombre hacia ficciones, que no obstante, dan la ilusión de ser la más real de las realidades ¿Pero tanta realidad hay en los sentidos del ser, tanta realidad ontológica en sus Bolsas, sus bancos, su papel moneda, sus monstruosas manufacturas que fabrican objetos inútiles o municiones para la destrucción de la vida, en la ostentación de su lujo, en los discursos de sus parlamen-

63 Ibid., op. cit., p. 45.

64 Ibid., op. cit., pp. 45-46-

65 Ibid., op. cit., pp. 44-45.

66 Ibid., op. cit., p. 46.

67 Ibid., op. cit., p. 60

68 Ibid., op. cit., p. 61.

tarios y de sus abogados, en los artículos de sus periódicos? ¿Tanta realidad hay en el creciente aumento de nuestras insaciables necesidades?»<sup>69</sup>.

La separación de la naturaleza se nota en la economía moderna. «Todo el sistema económico del capitalismo es el retoño de una concupiscencia devoradora y destructiva. Esta concupiscencia no podía desarrollarse más que en una sociedad que hubiese deliberadamente renunciado al ascetismo cristiano, que se hubiese apartado del cielo para entregarse exclusivamente a las satisfacciones terrenas»<sup>70</sup>.

En el capitalismo no se respeta el orden orgánico de la naturaleza: Por ello, sostiene Berdiaeff que el sistema capitalista: «No es más que el resultado de la secularización de la vida económica. En este sentido, es violada la subordinación jerárquica de lo material a lo espiritual. El economismo de nuestra época es justamente la violación de la verdadera jerarquía de la sociedad humana, la privación de un centro espiritual».

Berdiaeff habla de la «economía sagrada», porque considera que: «La autonomía de la vida económica ha llegado a dominar sobre toda la vida de las sociedades humanas. La religión de Mammon se ha convertido en la fuerza determinante del siglo. Y lo peor es que en este 'mammonismo' sin disfraz ve nuestro siglo una inmensa ventaja, el acceso al conocimiento de la verdad, la liberación de las ilusiones. El materialismo económico formula esto a la perfección: llama ilusión y engaño a toda la vida espiritual del hombre»<sup>71</sup>.

El hombre moderno ha quedado apartado de la naturaleza y también de su propia naturaleza, porque: «El humanismo ha considerado al hombre fuera de lo concreto, no con sus vínculos espirituales y sus cruzamientos, sino de una manera abstracta, como si se tratase de un átomo de la naturaleza encerrado en sí mismo»<sup>72</sup>.

La escisión del hombre de su naturaleza ha ocurrido con lo que Berdiaeff denomina el «tránsito de lo concreto a lo abstracto», la emancipación de la realidad metafísica, que le sustenta y le proporciona la energía creadora. «La identidad humana, como toda realidad auténtica, donde más se confirma es en la concreción espiritual que imprime el sello de la unidad divina sobre toda la multiplicidad humana; esta identidad desaparece con la abstracción y el aislamiento. El proceso del humanismo en los tiempos modernos es la transición del hombre de la concreción espiritual, en que todo está orgánicamente ligado, a la abstracción divisoria en que el hombre se transforma en átomo aislado»<sup>73</sup>.

69 Ibid., op. cit., p. 101.

70 Ibid., op. cit., pp. 101-102.

71 Ibid., op. cit., p. 102.

72 Ibid., op. cit., p. 39.

73 Ibid., op. cit., p. 38.

La vida abstracta del hombre, la vida emancipada de su centro espiritual: «Debía inevitablemente conducir a un individualismo extremo y a un socialismo extremo, que son dos formas de la atomización, de la descomposición abstracta de la sociedad y de la personalidad»<sup>74</sup>.

No debe extrañar esta profunda crisis: «En la historia de la humanidad no existe progreso en ascensión recta, ese progreso en el que los hombres del siglo diecinueve tan firmemente creían que lo convirtieron en una religión. en la historia de las sociedades y de las civilizaciones se advierten procesos orgánicos que ofrecen períodos de juventud, de madurez y de decrepitud, de florecimiento y de ruina. hoy vivimos, no tanto el comienzo de un nuevo mundo nuevo como el fin un mundo viejo»<sup>75</sup>. Un mundo en el que. «se ha preferido al ser, el no-ser»<sup>76</sup>.

## VII. UNA NUEVA EDAD

Por la agudización y extensión de la crisis, cree Berdiaeff que: «El hombre, en todos los órdenes de su actividad, ya no puede mantenerse mucho tiempo en el exterior, en la superficie del ser. Debe, o bien, emprender un movimiento hacia la profundidad, o bien aventurarse definitivamente y vaciarse. Después de las grandes pruebas y sacudidas de nuestro tiempo, debe producirse un ahondamiento. Al hombre europeo le toca desprenderse definitivamente de las ilusiones humanistas»<sup>77</sup>. Debe recuperar su unión con el centro espiritual, que está más adentro y más allá, y ha sido buscado por la Metafísica.

Para ello, después de la tentativa renacentista, propone el filósofo ruso: «volver a los principios medievales, a lo que en ellos hay de eterno, a lo que hay de eterno en el pasado. No se vuelve a lo que en el pasado es demasiado temporal, demasiado corruptible, pero puede volverse a lo que en él hay de eterno»<sup>78</sup>.

Esta propuesta no implica una «vuelta a la Edad Media. «La experiencia de los tiempos modernos nos impide volver a la antigua Edad Media, siendo sólo posible un segundo Medioevo, así como después de la experiencia medieval no pudo efectuarse una vuelta hacia el mundo antiguo, sino únicamente ese Renacimiento que representa una complejísima colaboración de elementos cristianos y paganos (...) El llamamiento a una nueva Edad Media no

74 Ibid., op. cit., p. 39.

75 Ibid., op. cit., pp. 63-64.

76 Ibid., op. cit., p. 97.

77 Ibid., op. cit., pp. 65-66.

78 Ibid., op. cit., p. 85.

es más que el llamamiento a esa revolución del espíritu, a una renovación completa de la consciencia»<sup>79</sup>.

Además, confiesa que tampoco quiere «idealizar a la Edad Media, como han hecho los románticos. Sabemos muy bien cuáles son los aspectos negativos». Reconoce que, a pesar de ello: «La Edad Media es muy compleja y muy rica. Durante mucho tiempo se estuvo persuadido de que había creado un gran hueco en la historia intelectual de la humanidad, en la historia intelectual de la humanidad, en la historia del pensamiento filosófico. Contrariamente, en esos mismos tiempos había una cantidad tal de pensadores admirables y una diversidad tal en el mundo del pensamiento que nada parecido podrá encontrarse en ninguna otra época»<sup>80</sup>.

Lo que importa de la Edad Media es lo positivo, sus ideal, que constituyen la forma o el espíritu de la cultura medieval. Nos es también conocido, porque: «Sabemos que la cultura de la Edad Media estaba dirigida hacia lo trascendental y el más allá, debiendo a una alta tensión del espíritu -tensión cuyo equivalente ignora la historia moderna- su orientación hacia la escolástica y la mística, a las cuales pedía la solución de los problemas supremos del ser».

La Edad Media confiaban en la Metafísica y en la religión. De ahí que: «Los tiempos medievales no prodigaban su energía en lo exterior sino que preferían concentrarla en lo interno»<sup>81</sup>. En definitiva: «Para la Edad Media, lo substancial, lo vivo, era lo que los tiempos modernos consideran como un lujo superfluo»<sup>82</sup>.

El pensamiento de Berdiaeff no debe ser interpretado como una especie de pronóstico de un regreso a la Edad Media. Declara explícitamente, por una parte: «Hay que fijar de una vez para siempre que no ha habido ni habrá jamás un retorno a épocas pasadas, una restauración de estas. Cuando hablamos de una transición de la historia moderna a la Edad Media, es una manera de expresarnos»<sup>83</sup>.

Por otra, anuncia esta nueva edad metafísica, por las tendencias y rasgos de la crisis de la modernidad. Declara: «Grandes motivos tenemos para creer que las potencias creadoras del hombre no pueden ser regeneradas, ni de la identidad del hombre restablecida, sino por una nueva época (...) que vuelva al hombre a sus orígenes espirituales»<sup>84</sup>.

No será una recuperación, con las correspondientes rectificaciones de la que finaliza, nacida del Renacimiento y desarrollada en la modernidad. «No

79 Ibid., op. cit., p. 87.

80 Ibid., op. cit., p. 114.

81 Ibid., op. cit., p. 113

82 Ibid., op. cit., p. 114

83 Ibid., op. cit., p. 112.

84 Ibid., op. cit., p. 3

hay que contar ya con ninguna especie de nuevo Renacimiento, después de un agotamiento y una dilapidación de las potencias espirituales del hombre, después del extravío en los desiertos de la vida, después de un quebrantamiento tan radical de la identidad humana. Si hubiese de establecerse una analogía, debería entonces decirse que nos acercamos, no a un Renacimiento, sino a un oscuro comienzo de Edad Media»

Sin embargo, no la considera sujeta a una necesidad histórica. Confiesa también: «Está todo tan gastado en la historia humana, que uno se pregunta si esta vez las potencias creadoras del hombre no se despertarán orientadas hacia otro mundo»<sup>85</sup>.

Tampoco su propuesta en favor de la metafísica, recuperando el espíritu medieval, por sus posibilidades de apertura y de fecundidad, se puede calificar de «reaccionaria» o no «progresista». El mismo Berdiaeff nota que: «Lo que en nuestros días debería considerarse reaccionario, sería una regresión a esos principios de los tiempos modernos que triunfaron definitivamente con la sociedad del siglo diecinueve y que vemos hoy descomponerse. Apelar a una cristalización de los principios establecidos por los tiempos modernos, esto sí que es una reacción en el peor sentido de la palabra, y un obstáculo en el camino de la actividad creadora»<sup>86</sup>.

No es imposible recuperar el espíritu del mundo medieval y antiguo. En cambio. «El viejo mundo que se descompone y al que no puede volverse, es positivamente el de la historia moderna, con sus luces racionalistas, con su individualismo y su humanismo, su liberalismo y sus teorías democráticas, con sus brillantes monarquías nacionales y sus políticas imperialistas, con su monstruoso sistema económico de industrialización y de capitalización, con los aparatos de su técnica enorme, sus conquistas exteriores y los éxitos prácticos, la concupiscencia desenfrenada y desmesurada de su vida pública, su ateísmo y su soberano desdén del alma, su lucha brutal de clases»<sup>87</sup>.

Otro argumento histórico que aporta, por último, Berdiaeff a favor de su tesis es que si se observan las «potencias creadoras» del hombre, en la misma modernidad: «Sus momentos de más grandiosa elevación continúan vinculados a un retorno a la Edad Media, le retrotraen a los orígenes del cristianismo, como sucedió, por ejemplo, al comienzo del siglo diecinueve con el movimiento romántico, y al fin del mismo siglo con el movimiento neo-romántico y simbolista»<sup>88</sup>.

85 Ibid., op. cit., p. 34.

86 Ibid., op. cit., p. 85.

87 Ibid., op. cit., pp. 85-86.

88 Ibid., op. cit., p. 33

Al igual que Berdiaeff, otro autor que pocos años antes había mostrado la necesidad de la «vuelta» a la Edad Media, el inglés Robert Hugh Benson, recordaba el valor del simbolismo, el movimiento literario y artístico, nacido en Francia, en el último tercio del siglo XIX. En una especie de parábola sobre lo que podría ser el futuro, indica que el desarrollo a que ha llegado este mundo venidero: «no es sencillamente más que la vuelta a los tiempos de la Edad Media, retroceso absolutamente obligado por el fracaso de cuantos intentos se realizaron para substituir los métodos divinos por los humanos»<sup>89</sup>.

Una de las causas de este «progreso» se debe a la Filosofía. Frente a la anterior petición de los filósofos de que: «todo lo que era puramente espiritual se probara, como ellos decían, y con ello querían significar que era preciso sujetarlo a las mismas leyes de lo físico»<sup>90</sup>, la misma Filosofía se dio cuenta de que: «dentro de su esfera, cada cosa en la vida tiene una clase de evidencia que les es propia; que había, por ejemplo, en el mundo pruebas morales, pruebas artísticas y pruebas filosóficas, y que no era dable confundir cada uno de estos grupos con los demás. Pedir pruebas físicas para cada artículo de fe, resultaba tan quimérico como exigir, digámoslo así, pruebas químicas de que un cuadro era bello, o la demostración de las cualidades morales de un amigo, dada en los mismos términos que se emplearían para definir algo relativo a la luz o al sonido, o, en fin pruebas matemáticas del amor maternal»<sup>91</sup>.

Otra causa muy importante de este retorno está en el terreno del arte. Se comprendió que: «El Simbolismo era como el espíritu latente del Arte, lo que al fin y al cabo sabían ya perfectamente los hombres de la Edad Media: que el Arte consistía en penetrar bajo la corteza de las cosas capaces de despedir algún destello de luz, o de los hechos materiales que ocurrían, lo mismo para el pintor que para el literato, y luego, por medio de procedimientos de selección, llegar a simbolizar (no a reproducir fotográficamente) las ideas que vivían ocultas en las cosas: la substancia bajo los accidentes, el pensamiento bajo la expresión»<sup>92</sup>. Se coincidía así con la Filosofía, o mejor con la Metafísica, porque se había descubierto que: «por debajo de los fenómenos existe una Fuerza superior a ellos mismos»<sup>93</sup>.

89 ROBERT HUGH BENSON, *Alba triunfante* (Trad. R. D. Perés), Barcelona, Gustavo Gili, 1916, p. 45.

90 *Ibid.*, op. cit., p. 42

91 *Ibid.*, op. cit., pp. 42-43.

92 *Ibid.*, op. cit., p. 46

93 *Ibid.*, op. cit., p. 47.

Para Berdiaeff: el «simbolismo de la cultura, en el que se encarnaban lo grande y lo bello»<sup>94</sup>, desapareció con la modernidad, que lo destruyó. «La civilización de los siglos diecinueve y veinte niega el simbolismo sagrado de la cultura, queriendo una vida real, queriendo apoderarse de la vida para transfigurarla. Con esta finalidad produce su técnica formidable»<sup>95</sup>.

En la nueva edad, la metafísica como el simbolismo no tomaría las cosas en su inmediatez. Con su método analógico, la metafísica podría expresar de un modo limitado, en el plano de la necesidad y universalidad, lo que está más adentro y más allá, el centro que no se percibe por los sentidos por su carácter inmaterial, tal como hizo se en la Edad Media. Se seguiría entonces lejos del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, el mejor fruto del espíritu medieval, que sirve para robustecerlo y prolongarlo. No se estaría lejos del pensamiento de Berdiaeff, ni del de Benson, ni incluso del de Lewis, si se augurara que metafísica del Aquinate, que, con el perfeccionamiento del método analógico, logró la sistematización más amplia y profunda del fundamento trascendente de la realidad superficial, tendría el papel más destacado.

94 N. BERDIAEFF, *Una nueva edad media*, op. cit., p. 118.

95 *Ibid.*, op. cit., pp. 118-119.